

Representación de «Medea» en el teatro romano de Mérida

Amablemente invitados por la Comisión municipal de Instrucción Pública, el domingo nos trasladamos a Mérida para dar cuenta a nuestros lectores de la gran fiesta de arte clásico, del ciclo de expansión cultural, patrocinado por el ministerio de Instrucción Pública, que se celebró en el Teatro Romano de aquella histórica ciudad.

A nuestra llegada, las calles de la vieja ciudad presentaban una animación extraordinaria.

Millares de forasteros, procedentes de todos los rincones de España y muchos extranjeros, llenaban calles y establecimientos.

En automóviles llegaron a Mérida para asistir al festival el jefe del Gobierno señor Azaña y su esposa, los ministros de Estado e Instrucción Pública señores de los Ríos y Barnés, los embajadores de Italia y Portugal (el primero con un mensaje de la ciudad de Roma), el ministro del Uruguay, el general de división don José Miaja, el gobernador general de Extremadura señor Peña Novo, el gobernador de Badajoz señor Cenamor, el alcalde de Madrid don Pedro Rico, los diputados a Cortes señores Saborit, Rojo, Vidarte y Canales y señora Nelken, el alcalde de Sevilla señor La Bandera y de Córdoba el teniente de alcalde señor Córdoba Fuentes en representación del alcalde, los concejales señores Hidalgo Cabrera y Medina por la Comisión de Instrucción Pública; el presidente de la Diputación señor Baquerizo García y los diputados señores Rojas y Aparicio; representaciones de los Ateneos de Madrid, Sevilla y Huelva y otras muchas que harían interminable esta relación.

A las seis y media de la tarde, el Teatro Romano presentaba un aspecto grandioso. Las cinco mil localidades de que consta estaban totalmente ocupadas, destacando entre los espectadores numerosas damas.

Al ocupar la presidencia el jefe del Gobierno señor Azaña, los ministros de Instrucción Pública y Estado señores Barnés y de los Ríos y el alcalde de Mérida don Andrés Nieto, los concurrentes les saludaron

con una cariñosa ovación, que se repitió al ocupar una silla preferente don Miguel de Unamuno.

Antes de dar cuenta de la representación de la tragedia latina de Séneca «Medea», traducida por Unamuno, creemos de interés consignar a nuestros lectores algunos detalles relativos al Teatro Romano de Mérida.

En 1910 comenzaron las excavaciones, que dieron por resultado el descubrimiento de dicho Teatro.

Nadie podía suponer que bajo los siete macizos de graderías conocidos en Mérida por las «Siete Sillas», estuviera enterrado el grandioso monumento, que España debe a la ciencia de don José Ramón Mélida y don Maximiliano Macías.

El edificio, uno de los más bellos del mundo romano, fué capaz en su tiempo para contener 5.000 espectadores.

El hemiciclo, de ochenta y seis metros de diámetro, tiene trece puertas, siete de ellas correspondientes a los vomitorios de la gradería reservada a la «equite» y seis para dar acceso a las localidades destinadas a la plebe.

Al nivel de la «orchestra» hay dos grandes puertas para entrada a la preferencia distinguida.

Las tres primeras filas de la «cavea» estaban destinadas a las autoridades y los magistrados.

Tras un andén enlosado, sucedense gradas de «Iniacaseca», en cuya parte baja, frontera a la escena, se ven los restos de la tribuna rectangular en que se sentaba el legado imperial. y que el domingo ocuparon el jefe del Gobierno, los ministros y su séquito.

Sigue la «cavea media» con cuatro filas de gradas. «La summa cavea» o gradería superior no se habilitó para el público, a fin de evitar una excesiva aglomeración.

Sobre las dos puertas de uno y otro lado de la «orchestra» se alzan dos tribunas, derruidas casi en su totalidad, en cuyos dinteles aparece una inscripción con el nombre del Cónsul Marcus Agrippa, en cuya época se construyó el teatro, o sea por los años 16 ó 18 antes de Jesucristo.

El «pulpitum» o escenario es un rectángulo de sesenta metros de boca por siete de fondo.

Según una inscripción reconstruída por Hübner, el teatro levantado por Agrippa fué sin duda destruído en parte por un incendio y lo reedificaron Trajano y Adriano.

La decoración de las escenas es de una riqueza sorprendente. Consta de una magnífica columnata dividida en siete pórticos, tres de los cua-

les corresponden a la salida de los actores. La del centro o «aula regia» para el protagonista, la de la derecha para el antagonista y la de la izquierda para los demás personajes.

El coro hacía e hizo sus salidas por uno y otro lado de la «orchestra», donde evolucionó y recitó alternativamente en torno al ara.

En la representación de «Medea», la dirección artística ha añadido el aliciente de la orquesta moderna, que acrecentada con voces humanas, expresó la intención lírica del coro, recitante y mímico en la «orchestra».

Hace muchos años no ha habido en España un acontecimiento teatral de la magnitud que el celebrado el domingo en el Teatro Romano de Mérida.

En el público halló la resonancia, el apoyo y la devoción que en todo país culto encuentran y despiertan estos acontecimientos.

La versión castellana de la «Medea» de Lucio Anneo Séneca, ha sido hecha del texto latino, sin cortes ni glosas por don Miguel de Unamuno, expresamente para Margarita Xirgú y Enrique Borrás, con objeto de representarla en el festival clásico que se celebraba en el Teatro Romano de Mérida.

La interpretación, hecha en el estilo griego, se ajustó al siguiente reparto, por el orden de salida a escena:

Medea, Margarita Xirgú; La nodriza, Amalia Sánchez Ariño; Creonte, Alberto Contreras; Jasón, Enrique Borrás; El Meuropio, Pedro López Lagar; Primer Corneta, Enrique Alvarez; segundo corneta, Enrique Guitart.

El coro y los cabos de comparsaría corrieron a cargo de los actores y actrices de la Compañía Xirgú-Borrás.

Hubo una figuración de noventa personajes.

Margarita Xirgú hizo una admirable creación de la protagonista, realizando una labor portentosa, verdaderamente genial.

El público le tributó clamorosas y entusiásticas ovaciones.

Enrique Borrás bordó su papel de antagonista, triunfando en toda la línea.

Muy bien los demás artistas.

La Orquesta Filarmónica de Madrid, de que es director el señor Pérez Casas, aumentada con un coro de sopranos, tenores y barítonos, interpretó magistralmente la música de escenas adaptadas de Gluch (oberturas de la «Higenia» y «Alceste») y trozos escogidos del «Orfeo».

Los figurines de los trajes, que se ajustan perfectamente a la época, han sido dibujados por Miguel Xirgú. Los detalles ornamentales son obra de Burmam y Bartolozzi.

Los espectadores obligaron a presentarse en escena a don Miguel de Unamuno, haciéndole objeto de una gran ovación.

Asimismo fué ovacionado con frenético entusiasmo el investigador y conservador de los tesoros romanos don José Ramón Mélida, a quien se debe el descubrimiento del Teatro Romano.

Podemos afirmar que el festival de arte clásico celebrado el domingo en Mérida, constituyó un acontecimiento sin precedentes en España.

El asesor literario y artístico Cipriano Rivas Cherif recibió numerosas felicitaciones por el grandioso éxito obtenido en este primer acontecimiento de arte clásico.

La «Medea» de Eurípides, es una de las tragedias mejor compuesta. El arrebatado furioso de los celos, la turbada agitación del instinto criminal que arrastra con ímpetu de oleaje a la madre, el contraste de ese instinto con el pavor y el súbito encendimiento de la piedad y del amor; tienen en Eurípides acento grandioso y belleza poética. Pero esa grandiosidad, ardiente y fría a la vez, cuando atacada de furia Medea al ir a matar a sus hijos siente ser madre todavía y revela su ansia y su dolor y su miedo, con un monólogo admirable, no se expresan tan acertadamente en la obra de Eurípides como en la de Séneca, que conserva la calidad esencial de nuestra tradición literaria y dramática.

Al terminar la representación de «Medea», en cuya escena final intervienen más de doscientos personajes, el público, rendido ante la grandiosidad del espectáculo y el arte soberano de Margarita Xirgú, le tributó un homenaje hondamente emocionante.

JUAN HERRERA.

(«Diario de Córdoba» 20 Junio 1933.)

No menos de veinte siglos ha esperado Séneca—para lección de noveles—la representación de su «Medea». El «tercer Séneca», como decían los que descubrieron en Lucio Anneo Séneca—hijo de Marco—, coexistiendo con el filósofo, al trágico. Posterior, en efecto, a la valoración crítica de las cartas y ensayos de puro pensamiento—y de pensamiento aplicado a la moral, a las ciencias naturales y las costumbres—, es la atención que han ganado las tragedias del gran cordobés.

¡Y qué romana es Córdoba!, hemos pensado mil veces, siempre que nos hemos internado en el alma cordobesa. ¡Y qué senequianos los propios cordobeses! No hubo arbitrariedad, sino intuición, en aquella estatua de Séneca que hace años modeló Inurria, adjudicando al filósofo y trágico latino el rostro enjuto, andalucísimo, de «Lagartijo», también sentencioso a su modo: imperturbable, sereno. certero en la réplica de sus populares anécdotas, y sus estocadas, más que suficiente.

Decíamos... ¡Ah sí! Las tragedias de Séneca constituyen un poderoso nexo del teatro español con el clásico: contribuyen a explicar, con tantos otros elementos, la solera de nuestra inspiración dramática. Y en un posible estudio de literatura comparada, Calderón y Séneca marcarían dos líneas de curiosa confrontación. El punto de referencia podría situarse en esta «Medea» que don Fernando de los Ríos ha tenido el acierto de brindar al trabajo de un director de escena como Rivas Cherif y de una razón artística cual la Xirgu-Borrás. No cabían mejores colaboraciones, en verdad. Nadie ha discurrido ni servido entre nosotros mejores iniciativas escénicas que el asesor literario del Español. Y para encarnar una heroína de sumo porte trágico, ¿existe otra actriz que no sea Margarita Xirgu, Electra o Salomé ya ejercitada?... Y la voz—magnífica voz—y la presencia de Enrique Borrás—corpulento y solemne—, ¿no le recomiendan para esta clase de teatro?

* * *

Ha sido preciso buscar a «Medea» a través del tiempo y del espacio. El tiempo, con sus barreras de lengua y gusto, lo ha salvado victoriosamente—¿y cómo no?—don Miguel de Unamuno. Magnífica expresión la suya, admirable de sentido, propiedad y fuerza: castellano jugoso y eterno, claro y emotivo hasta en la palabra más secundaria, gracias a esa profunda sabiduría del que, a más de ser muchas cosas, es maestro en humanidades y supo vivificar a la moderna otro mito, el de «Fedra». Con «Medea» ha sido otra la labor de Unamuno. ¿Subalterna, de mero traductor? De ninguna manera. Pero tampoco de colaboración simple, porque este verbo «colaborar» es equívoco. Unamuno ha llevado al extremo límite su respeto más absoluto al texto original. Pudo hacer con el tema «Medea» lo que antes hiciera Eurípides y después Corneille o Grillparser. Pero no. Ha traducido lealmente, vertiendo sin añadir, haciendo sentir lo ajeno con lo propio; la traducción de Unamuno tiene valor sustantivo. Esta «Medea», hablada por Unamuno en prosa de un ritmo amplio y de un alto decoro, se afirma por sí misma en un texto que ahora sí que pertenece a la literatura de nuestra estupenda y múltiple España.

De una España que hemos vuelto a sentir en el obligado viaje a Mérida. Representada en Madrid—aun en el supuesto pueril de trasplantar acá el teatro romano de Mérida—, nos habría faltado la preparación de un instructivo desplazamiento. Molestias físicas aparte, ¡qué incomparable pedagogía la del autobús! Gracias a los autobuses, las carreteras han recobrado—mejorada—la vida de aquellos otros caminos de las diligencias. Y el contacto con las cosas se hace posible. Hemos pa-

sado revista desde luego a los consabidos ingredientes del paisaje: la encina, el trigal, el río, la recua, el poste, la señal, el castillo, el poblado, la cigüeña, el pastor, la lejanía azul, cárdena, gris, negra... (para más y mejores informes, diríjase al Michelin). Pero hemos visto también al espíritu de España en el fantasma de los conquistadores, que nos aguardaban—antes que «Medea»—en la oscura tierra extremeña, en Trujillo sobre todo, hecho de granito y yedra. Y en Mérida desde luego, tan romana como cristiana, un poco árabe también. Tan acendradamente española. Un ara latía aquí, un capitel visigótico allá, no sabemos qué reminiscencias moras en éste o aquel patio a la andaluza. En Mérida multiseccular, Séneca se nos presenta, no como una supervivencia de las que infunden respeto o curiosidad, sino como fuente actual de emoción, como uno de los hontanares morales de la raza.

* * *

Las informaciones de éstos días—tan amplias y detalladas como merecía el suceso—hacen innecesarios muchos de los datos o juicios que traeríamos ahora a cuento. El testimonio personal nuestro es lo que aportamos. Hemos visto y hemos oído «Medea». Hemos experimentado impresiones que no se nos borrarán nunca. Al comentarista de la vida teatral española le importa consignar el espíritu de sincera atención, de auténtico fervor, con que el público ha asistido a un espectáculo de arte. ¡Luego dirán del público los empresarios!... Claro que la belleza del lugar y la adecuación perfecta del teatro romano influyeron mucho en la emoción general. Las columnas en conjunto, de pura escenografía, a la luz fugitiva de un lento atardecer, creaban la atmósfera propicia al despliegue de las pasiones en cuyas llamas ardía Medea vestida de rojo: llama ella misma sobre las losas milenarias, retorcida por el disímulo, crecida por el soplo de los celos, ardiendo en venganza, con purpúreo resplandor de crepúsculo, a tono con el incendio del palacio de Creonte y con la sangre de los dos hijos, vertida en arrebatado de monstruosa maternidad.

Natural asociación de ideas nos hace pensar en Lenormand. También Lenormand ha rendido su tributo al fecundo mito escribiendo su «Asia». Ha montado mecanismo análogo, salvo el resorte moderno de la pugna entre Oriente y Occidente. Pero el aliento trágico, de origen grecolatino, subsiste. Como llegó a nuestro teatro clásico, si bien nuestra tradición sea otra y de procedencia más popular. Pero en función del porvenir de la escena española, Séneca resucitado puede constituir una fecha de arranque. Viendo «Medea» se dieron cuenta muchos de lo que es Teatro, con letra mayúscula, y en todas sus dimensiones. Los que más ne-

cesitan aprenderlo—intérpretes y gestores del negocio teatral—no lo deben olvidar.

* * *

Lo clásico, lo romántico, lo barroco... ¿No habrá en todo esto un poco de cosa convencional?... Séneca, como Calderón, es clásico, romántico, barroco. . y todo lo demás. Extremando las líneas de la primitiva concepción helénica y decorándolas con recursos de una retórica típica, el cordobés hizo un poema trágico que el español de hoy siente muy dentro de sí. Mucho ha contribuído, ciertamente, el sentido general—y al pormenor—de la representación. Arqueología, sí. Era indispensable, y la ha habido. Ni una tilde ha faltado en la reconstrucción pura y simple. Pero había que ir más allá de lo arqueológico. Y se ha ido, llegando a una estética viva, coloreada por lo actual. Desde otro punto de vista, lo maravilloso gusta mucho al español; pero «realizado» con todos los predicamentos de lo verdadero. Rivas ha dirigido un final perfectamente plasmado. Y sobre nuestra descripción, por puntual que fuese, está el acierto y la virtud del mágico desenlace. Medea arrebatada en carro de fuego, mientras antorchas e imprecaciones animan el coro y dan a la terrible anécdota su fondo natural de furia y dolor.

M. FERNÁNDEZ ALMAGRO.

(De «El Sol» de Madrid)

